



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 18081

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 11 DE FEBRERO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

INTERESANTE

Ha regresado á esta el afamado y conocido especialista en las enfermedades de la boca,

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su numerosa clientela y al público en general.

Calle Honda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

ERRE QUE ERRE

Cualquiera que tome en sus manos cierta parte de la prensa periódica y pase la vista por ella, para enterarse de lo que sucede en España, sacará una impresión fatalísima si no dispone de otros medios de información.

Deprime el ánimo la lectura de esos periódicos que no hablan más que de catástrofes indicadas cuando no cumplidas; de desventuras sin solución ni término; de desgracias irremediables; de amarguras sin colmo; de deshonras nacionales...

¡Cómo ciega la pasión política! ¡Qué pasiones más negras engendran la soberbia y la ambición! ¡Cuánta injusticia y cuánta vergüenza..... pero nacional!

¡La nación! Hace tres años que la admiran las potencias europeas como la más resistente, como la más firme, como la más sufrida del mundo. Sometida a dolorosa prueba; sangrada, esquilada, ha dado sin quejarse cuanto se le ha pedido, ríos de sangre y oro, bien agenda de que su inimitable sacrificio había de arrancar al despecho de ciertos políticos españoles, frases tan crueles como las que le fustigan el rostro.

¿Dónde está la deshonra? ¿Dónde el deshonor? Si en esta larga prueba á que la nación ha sido sometida, por culpa de otros, llegara á caer estenuada y exangüe, incapacitada para oponerse á la voluntad de un enemigo hipócrita ¿dónde estaría la deshonra? En la imaginación de los que ponen enfáticamente en sus labios esa palabra para arrojarla á los demás. ¡Como si en el caso de quedar España deshonrada pudiera librarse de la deshonra algún español!

Que los senadores yankees vociferan é insultan á España desde el Capitolio de Washington sin que la nación proteste. ¡Ah! no permaneció tan tranquilo el país la primera vez que lo hicieron. Quiso protestar entonces de un modo ruidoso y se lo impidió la policía primero y la caballería después. Y lo más sensible es que los que lo motejan hoy y lo censuran porque oye indiferente los nuevos insultos con que lo ultrajan los hijos del Norte América, son los mismos que hace dos años lo obligaron á tragarse la indignación bajo el pretexto de que era prudente y patriótico tal proceder.

No; sobre el país no puede caer deshonra ninguna. Cuando se le ha llamado ha respondido enseñada. Para acudir al peligro jamás se le ha hecho tarde. Si se le llama ahora acudirá con presteza; pero no acudirá nunca al llamamiento de quien lo necesita pa-

ra satisfacer sus ambiciones y lo fustiga llamándole imbécil y cobarde porque no acude á su voz.

TIJERETAZOS

Refiriéndose á lo que le ha ocurrido en Valencia á su patrono, dice «El Nacional»:

«Ya lo sabe la Reina, por si no lo sabía: en Valencia hay cinco mil republicanos que interrumpen á un exministro de la Monarquía».

¡Qué atrevimiento!

Si hubieran interrumpido á Fabié menos mal; pero ¡al chico de Antequera!

Aquí va á pasar algo.

Ya ha comenzado á pasar, porque «El Nacional» está que pita.

Al colega le ha llegado muy al alma el meneo valenciano y ha puesto la proa á Loredan en demanda de puerto de refugio y de alianza que lo sostenga á flote.

¿Que no?

Pues allá va ese parralito para que se convenzan los incrédulos:

«Efectivamente, á «El Nacional» más le placen que le disgustan los progresos del carlismo, y no se enoja de ver juntas, en una misma estampa, las ilustres figuras de D. Carlos y el general Weyler».

Por ahí se empieza.

Y se concluye por un acto de pleiteria, que, según las prisas que «El Nacional» lleva, no tardará mucho tiempo en realizarse

Para postre lean ustedes estos parralitos que delatan el rumbo que llevan «El Nacional» y su patrono:

«No están los tiempos para medias tintas, y contemplando estos partidos tísicos de la monarquía constitucional, podrida hasta la médula, nuestros pulmones piden el fresco aire de las grandes afirmaciones.

¿Vienen ellas de Venecia? Pues bien venidas fueran cuando con ellas tornase el honor perdido.

Creemos en Dios y creemos en la Patria. ¿El Rey? Para nosotros es lo último. No pedimos otra cosa sino que cumpla su oficio sea quien fuere.»

Con menos palabras hubiera dicho lo mismo el colega:

«Me voy con el que barre.»

Y esos alardes de patriotismo y desinterés ¿dónde se han ido?

GLORIAS NACIONALES

El conde de Ribagorza se apodera de Calatayud.

11 Febrero de 1094.

El asedio y asalto de la antigua Bilbilis, por las tropas castellanas y aragonesas que mandaba el conde de Ribagorza en las postrimerías del año 1093 y principios del 1094, fué, sin ningún género de dudas, uno de los muchos motivos que en distintas edades han dado ocasión para poner de relieve el valor indomable de nuestra raza y la fé y la decisión con que siempre ha acometido las más grandes y peligrosas empresas, para ella insignificantes y desprovistas de todo lo que pueda llevar desfallecimientos á los espíritus; y como prueba de ello demos algunos detalles de hecho tan señalado y tan fausto en la guerra de la Reconquista.

Obedeciendo órdenes de su soberano, el conde de Ribagorza, con buen golpe de tropas castellanas y aragonesas, marchó á poner sitio á Calatayud, comenzando por cortarla todas las comunicaciones. Por ser en aquellos tiempos importatísima, no solo por su numerosa población sino también por hallarse asentada en el centro de feracísima y rica comarca, sirviéndola como de llave, los sarracenos tuvieronla siempre bien guardada para huir del cristiano, y por este motivo, al acercarse á ella las huestes que pretendían hacerla suya, salió de la plaza numerosa gente de guerra que las obligó á empeñar varios combates, todos ellos favorables á los muslines, viéndose aquellas, después de haber recibido gran daño y de luchar con bizarría y tesón, precisadas á retirarse á los alrededores. Llegados al campo cristiano algunos refuerzos que desde Toledo envió el rey, Ribagorza dispuso el avance hácia Calatayud, dando este motivo á un combate sangriento y costosísimo para ambas partes. Cuando la lucha estaba más indecisa y empeñada cayó herido el conde; pero puesto al frente de las tropas su segundo, Sancho Pérez, continuaron peleando sin desmayos unos y otros,

hasta que los musulmanes se acogieron en la plaza, ya entrada la noche.

Al siguiente día se lanzaron los cristianos al asalto; pero fué tal la bizarría y la resistencia que opusieron los defensores, que después de algunas horas de lucha aquellos quedaron derrotados con grandes pérdidas, sin que por ello abandonaran las posiciones de que se habían posesionado. Esto ocurrió el día 9 de Febrero de 1094; el 10 lo dedicaron á descansar, y el 11, al amanecer, lanzáronse de nuevo al asalto, teniendo la dicha de ser, más afortunados que la vez anterior, pues al cerrar la noche de este memorable día, la enseña del Cristianismo destacábase enhiesta y triunfante en lo alto de las mezquitas bilbilitanas.

César.

(Prohibida la reproducción).

Los diamantes de la Corona.

Un peluquero agradecido.

El conservador del Museo Carnavalet, M. Jorge Cain, ha adquirido un lote de autógrafos preciosos, entre los cuales se halla una nota del convencional Sargent-Marceau, que era en 1791 y en 1792 administrador de policía y de la guardia nacional, nota en la que cuenta el cuñado del general Marceau como encontró los diamantes de la corona robados, y cuyo delito se imputó á Danton y á Fabre d'Eglantine, por madama Roland.

Garantizando por completo la autenticidad de su relato, por otra parte confirmada en informes y juicios verbales de aquel tiempo, Sargent Marceau reconoce que todo tiene apariencia novelesca.

En 1792, escribe, al hacer su visita semanal de prisioneros fué conducido por el carcelero de la Conserjería á una especie de mazmorra donde gemía un prisionero de muy mal aspecto. Era un peluquero que había estado comprometido en un proceso de emisión de asignados falsos.

Se desesperaba, no por tal crimen, sino por estar mal peinado y por tener una barba hirsuta que, según él, le daba el aspecto de un bribón.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 441

CARLOS II EL HECHIZADO

440

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 437

—Ya debe V. M. comprenderme

—Si, si, te comprendo; pero eso será una violencia, pues me valdré de una circunstancia que me dejará la casualidad, no de la que me proporciona el amor.

—Señor, sois muy inocente, contestó Eguía sonriéndose. Ese desmayo es una estrategia femenina del mas sublime cálculo.

—¿De veras?

—Es evidente; ninguna mujer concede de un golpe todo el sacrificio de su honor.

—¡Ah!

—Para evitar confusiones y ciertos escrúpulos hijos de la situación, se adopta el medio de desmayarse; el hombre entonces libre para obrar; árbitro de una hermosura consagrada para él, solo, delante de un cuerpo inerte y lánguido que se doblega al soplo del amor como un clavel al beso de un brisa primavera, obra por su propia cuenta hasta que la dicha corona sus esfuerzos. Esta es la táctica que debe seguir V. M.

—Y en verdad que es una táctica admirable.

—¿Con que está dispuesto V. M.?

—Lo estoy.

—Ruego que no retrocedais. Perdida esta ocasión acaso no se presentaría otra.

—Si, señor.

El rey tuvo que llevarse la mano al pecho para contener los latidos de su corazón; Eguía estaba lleno de placer.

—¡Oh! ¡quién había de creer en esa felicidad! Vamos, tranquilizate corazón, exclamó Carlos oprimiéndose el suyo con trémulas manos. No lo extrañes, Eguía; es mi primera aventura.

—No lo extrañe, señor, y en prueba de ello yo serviré á V. M. hasta que lo deje al pie de la escoba.

—Si, si; no me abandonarás.

—Regularmente, luego que trepéis al balcón de la joven, observó el consejero, es faltarán las palabras, pues la emoción será mas grande que vuestra voluntad.

—¡Oh! si. Este será un apuro.

—Y una ventaja.

—¿Porqué razón?

—Porque también la niña es muy corta de genio; querrá hablar; tal vez intente hacer alguna debil resistencia, por consideración al nombre que lleva, y al fin se desmayará ó fingirá desmayarse. Ya conocerá V. M. cuántas ventajas se pueden sacar de una niña que se desmaya.

—¡Oh! es decir....

poco á poco ha ido conquistando derechos en mi corazón.

—¿Qué quiero V. M. que le diga sino que le espero.

—¡Cómo que me espera! gritó el rey volviéndose á él repentinamente.

—No hay cosa mas natural.

—¿A dónde?

—En su casa.

—¿Pero cómo, cuando yo no le he mandado ningún recado?

—Yo he sido quien he facilitado los medios.

—¡Oh! me estás haciendo delirar. ¿Lo sabe su padre?

—Es probable, pero no parece iniciado en el asunto.

—¿Y cuando me espera?

—Mañana á la noche.

—¿A qué hora?

—A las doce en punto.

El rey cayó jadeante en su sillón no pudiendo sostenerse en pie. Estaba tan cercana aquella suprema ventura y era tan grande su timidez que exclamó:

—¡Oh! no puedo.... no puedo.... No tendré valor.

Eguía arrugó ligeramente el entrecejo.